

## DISCURSO

PRONUNCIADO ANTE LA CORPORACION UNIVERSITARIA DEL AZUAY,  
POR EL SR. DR. MANUEL CORONEL, PROFESOR DE DERECHO CIVIL,  
CON MOTIVO DE LA FIESTA DE SANTO TOMAS DE AQUINO,  
CELEBRADA EN EL AÑO DE 1888.

SR. RECTOR.— SEÑORES:

Al subir á esta tribuna me siento engrandecido, por la importancia misma del objeto en que voy á ocuparme. Hombre pequeño ante la colosal figura de Santo Tomás de Aquino, no obstante, el haber sólo, levantado los ojos hacia este Doctor egregio, me ha dado derecho para hablar alto á un concurso tan respetable por sus luces y saber. No extrañéis, pues, señores, mi atrevimiento al verme penetrar intrépido al santuario misterioso y celestial de las ciencias. ¿Quién soy? heme preguntado varias veces, cuando en la oscuridad de mi pequeño estudio, he querido recoger y armonizar algunas ideas, para presentarme hoy ante vosotros, nobles hijos del renombrado Azuay; pero allí, *el más santo de los filósofos, y el más filósofo de los santos*, ha venido en mi socorro, y alentádome y sostenido mis abatidas fuerzas. Apoyándome, por lo tanto, y confiando en él mismo, procuraré presentarle á vuestra consideración, bajo alguna de sus brillantes veces, porque este astro del mundo religioso, científico, literario y político, no es posible que pueda ser contemplado en toda su amplitud, en un pequeño ensayo, como el que me propongo, por llenar mis deberes de profesor de esta honorable Corporación.

Retrocedamos, señores, seis siglos en la era presente, y coloquémonos allá en lo mejor de la Europa por aquel tiempo: sí, en esa península italiana, donde se hallaban fincados el poder y la fuerza del mundo; y en esa Francia, donde bullían los sentimientos nobles y la aspiración á todo lo grande. Este fué el teatro que la Providencia divina preparó al hombre eminente que colocándose entre dos épocas inconmensurables, iba á juzgar á las generaciones pasadas, tomar lo bueno de sus creencias, de sus doctrinas, de sus costumbres, y patentizándolo todo con vívida luz, legar á las generaciones futuras manantiales puros de inagotable ciencia, de bellezas y de sublime poesía. Así en los tiempos antiguos, Salomón, el sabio oriental, se levantó como un dios, en medio de los pueblos de tan magna época, é hizo brillar la ciencia y la moral en el mundo todo, *cual nadie lo había hecho antes de él, cual nadie lo haría después, porque el Señor Dios le había dado un corazón de tanta inteligencia, que ningún hombre lo tuvo semejante*. Los reflejos de su sabiduría vienen hasta nosotros, como de luminoso foco imperecedero. Así también, Bossuet, en los tiempos modernos, sube al pináculo del templo de la historia, y con voz inspirada, traza á grandes rasgos el pasado y el porvenir; y recogiendo todos los hilos de la sabiduría humana, los hace converger á un centro común, á Jesucristo, sacerdote, profeta y maestro por excelencia. ¡Ah señores! Yo caigo de rodillas, cada vez que me fijo

en uno de estos prohombres que el Todopoderoso suscita en los pueblos, para su instrucción y para su gobierno.

Pero, volvamos á los siglos medios. No, algo más atrás. Los frutos del gran semillero romano estaban maduros y tendiendo á la descomposición; y los bárbaros se presentaban á cortarlos y á podar el árbol, que había extendido sus ramas sobre el mundo todo. El Franco, el Vándalo, el Godo, venían segando esa mies vetusta y cancerada del Imperio: y tan sólo el anacoreta y el sacerdote cristianos, salían al encuentro de esos hombres nuevos, para alistarlos bajo las banderas de Cristo. En Constantino, hablando rigurosamente, como lo dice Chateaubriand, principia la fusión de las naciones paganas, cristianas y bárbaras. Heterogéneas en su origen, costumbres y creencias, van inclinándose irresistiblemente á la nueva religión, porque el politeísmo venía sucumbiendo bajo el peso de la verdad. Los últimos genios de las escuelas de Alejandría, Antioquía y Atenas, hacían esfuerzos sobrehumanos para aniquilar el cristianismo en el terreno de la ciencia; pero los nuevos filósofos que brotaba la escuela del Calvario, se oponían á estos DD. de la ciencia humana. Atanacio, Basilio, Crisóstomo y otros muchos en el oriente; Hilario, Jerónimo, Agustín y varios otros en el occidente, hacen brillar nueva luz sobre todas las instituciones, sin desdeñar, eso sí, las verdades fundamentales que conservaban las escuelas antiguas. Estos maestros puestos por Dios *in eddificationem et non in destructionem*, procuraban, en todo caso, armonizar las enseñanzas ya aceptadas con los dogmas cristianos. Es por esto que Constantino, en su famosa arenga al concilio de Nicea, asevera: que las doctrinas de Platón, el decano de la filosofía en aquellos tiempos, se hallaban de acuerdo con el Evangelio. Lenta era, por cierto, la transformación que, á partir del siglo V. venía operándose en el orden científico, político y literario. La tiranía de la Roma imperial había pasado y pasado con sus conquistadores, sus publicistas y sus poetas. No hablaremos de los pontífices y sacerdotes, desaparecidos juntamente con sus dioses, que huyeron del Capitolio. Quedaban, tan sólo, los filósofos conservando el fuego encendido en la Academia, el Liceo y la escuela Alejandrina: Platón, Cicerón, Séneca, seguían reinando.

Los bárbaros habían pasado también, así como las espantosas hordas del islamismo; mas, no habían pasado infructífera, ni vanamente. La hierba agostada bajo los cascos del caballo de Atila, tenía de reverdecer con nueva vida: la sangre de los mártires, no era infecunda; y en lo científico y literario, el fuego que devoró la biblioteca alejandrina, acabando con ese resto de la gran escuela, era un fuego depurador, que debía abrillantar los diamantes de la ciencia: al resplandor de ese fuego, se entreveían la Universidad de París, y la tan célebre Sorbona, con su famosa biblioteca.

En verdad, señores, allá entre el Nilo y el Mediterráneo, una gran ciudad fundada por un gran conquistador, vino á ser el emporio de las ciencias, el núcleo de la sabiduría. ¡Qué escuela aquella, en donde habían tomado lecciones el Profeta de Patmos y el Apóstol de los gentiles! Mas, esta fundación por grande, por luminosa que haya sido, al fin obra humana era, sujeta á la ley de la destrucción, al imperio del tiempo, á la vicisitud de las cosas de la tierra. Por su parte, acá en

el mundo moderno, formábanse y crecían otros centros de vida y movimiento científicos, especialmente á orillas del Sena, en una ciudad destinada á llamarse la capital de las nuevas sociedades; y entre los conservatorios de la antigüedad y los modernos, parece como aletargado el espíritu de la filosofía. Del siglo VI al XIII la noche tiende su manto sobre el Asia ruinosa, el Africa entumecida y la Europa feudal.

Con todo, santas y regeneradoras doctrinas invadían la sociedad humana: encendíase luz divina, y apagábase el fuego en los santuarios del paganismo. En esta transición, ¿qué tenían de hacer los corifeos de la nueva ley, de las nuevas instituciones, de los principios nuevos? Esos DD. eximios que salían de la iglesia de Cristo, ¿cómo llenarían su misión? Alberto, Anselmo, Tomás, destinado este último á ser el precursor angélico de las escuelas, ¿cómo se avendrían en la transformación científica y literaria, que exigía el cambio radical en materia de religión?

Abandonar todo lo antiguo, cerrar los ojos á cuanto el espíritu humano había aglomerado en siglos de trabajo asiduo, despreciar el pasado y lanzarse con vano orgullo á un porvenir que se entreveía lejos, como el mundo que divisaba Colón desde las columnas de Hércules, eso habría sido romper la lámpara, para abandonar toda guía, para entregarse á fuerzas propias, que podían desfallecer; eso habría sido el colmo del egoísmo.

Los grandes hombres que, por lo mismo, son prudentes y humildes, no proceden de esta manera; sino que aprovechando lo bueno, donde quiera que lo hallan, procuran asentar la verdad sobre las ruinas del error. Su gloria no la cifran tanto en la invención particular, en la intuición personal, sino en el juicio recto y concienzudo de las cosas, y en la apreciación acertada de las doctrinas. Sócrates, el verdadero fundador de la escuela griega, que hasta nuestros días viene sirviendo de fórmula fundamental para las ciencias, andaba, como á tientas, en esas sublimes disquisiciones con los sabios de su época, y quería que la verdad luciese de suyo en medio de las tinieblas. San Agustín, en la *Ciudad de Dios*, no acesa golpes bruscos al paganismo, sino que desmorona con sin par maestría los pedestales de los ídolos, que, á la postre, todos vienen á tierra, quedando en el Panteón el Dios único, el único Dios. En la época luminosa, llamada el *Renacimiento*, esos gigantes de la ciencia, Descartes, Bacon, Newton, que no pronunciaban el nombre de Dios, sin descubrirse la cabeza, y sin que su espíritu se pusiera de hinojos; esos prohombres, digo, que apenas nos es dado medirlos con nuestras escasas facultades, jamás tuvieron la cándida presunción de creerse, en un todo, creadores de la ciencia, inventores de la filosofía. Sabían muy bien, que la filosofía, como lo dice el presbítero Sánchez, en su obra "Los Santos Padres," "no consiste en inventar fábulas, sino en buscar la verdad, cuando no se conoce, y en conservarla y explicarla, cuando ya está conocida." Es por esto que los sabios se suceden como las generaciones, y que la filosofía va formándose, á la manera de los globos del universo, por capas y asimilaciones lentas y progresivas.

Hecha esta ligera digresión, conveniente á mi propósito, volveré al asunto principal de mi discurso. ¿Cuál era el estado de Santo Tomás de Aquino? Era

lastimoso, S.S. Los Santos P.P. habían conseguido desacreditar la filosofía griega y el neoplatonismo romano, é inculcar sanas y profundas máximas de moral y de metafísica, sobre la creación y el gobierno del mundo físico, y hasta habían tocado la política y las leyes. Mas, el varón excelso que asomaba en ese cúmulo de ruinas, donde brotaban flores, por cierto, pero que no tenían un hábil jardinero, veíase constreñido á fluctuar entre el materialismo de Epicuro, el idealismo de Platón y el sistema experimental de Aristóteles. Espíritu grande, genio universal, tenía que sobreponerse á estos sistemas, que siglos há venían compartiéndose el imperio de las letras; pero, es de tener en cuenta, que el primer anhelo de los que tratan de una reforma, que el primer paso de los que emprenden un nuevo camino, es el de un eclecticismo acertado. ¡Eclecticismo!. . . He aquí S.S. la aspiración de toda criatura; he aquí el bello ideal de la inteligencia humana.

La filosofía ecléctica presupone un centro al rededor del cual tiene de girarse, y principios sólidos que sirvan, como de piedra de toque, para apreciar debidamente doctrinas discordantes. Talento mediano, fácilmente se ofusca, y escoge el grano podrido, dejando el bueno: corazón dañado sigue el camino tortuoso que le indican sus pasiones: imaginación aturdida, adhiérese á las sombras y á los fantasmas, alejándose de la realidad. Muy pocos, como Tomás de Aquino, han podido salir airosos en esta empresa de escoger lo más florido y granado de las doctrinas dominantes, ponerlas en armonía y generalizarlas, formando un cuerpo de enseñanzas fundamentales. Y, hablando sin pasión, parece que ningún filósofo ha procedido con más acierto en esta difícil materia, como nuestro Santo Doctor, porque es verdad, también, que nadie ha reunido tantas y tan elevadas dotes, para obra semejante. Permittedme reseñarlas.

Humildad de espíritu. Este es un don divino, indispensable en los fundadores de escuela, como que está contrapuesto á la mayor de las pasiones diabólicas, á esa pasión que se enrosca, como una serpiente al alma toda, y que la fascina hasta persuadirla, que se halla tanto más elevada, cuanto más hundida se encuentra. Santo Tomás ha llevado su humildad hasta dar á Aristóteles el tratamiento de *filósofo* y de *maestro*, en los términos más corteses y atentos. Reconoce sus errores, pero confiesa que sus libros forman el conjunto más maravilloso del saber humano, y el curso más formal y más completo de filosofía. Hase creído por estas confesiones, que el angélico Doctor era un mero discípulo del sabio de Estagira, y que no tenía otra gloria que haber popularizado y explicado sus obras. Nada de esto, S.S. Santo Tomás es un genio poderoso, un sabio eminente, que sin necesidad de Aristóteles, pudo haber establecido su escuela, y legarnos su elevada y fundamental doctrina: mas, verdadero filósofo y teólogo incomparable, no despreciaba lo antiguo, no quería enseñorearse en el mundo de las letras con ese egoísmo de los que no viven, sino cuando ven abajo á los demás.

Pureza de corazón: he aquí otra dote tan necesaria como la anterior, porque ella impide á la carne corromper y dominar las más preciosas facultades intelectivas. Y, cuanto á pureza de costumbres, Tomás de Aquino la llevó hasta la santidad ¡Sí, SS. hasta la santidad! ese esfuerzo del alma humana para

revestirse de túnica angelical, tomada en el altar de las fruiciones beatíficas; pero tomada sin ostentación, sin sarcasmos, sin recriminaciones.

Otra dote del sabio es el amor á lo verdadero y á lo justo; pero amor profundo, amor único, amor capaz de producir esa atención firme, que no deja campo á las distracciones mundanales: amor que arrastra al éxtasis en la contemplación de la verdad absoluta, y que en el cristianismo sostiene al hombre en la *oración*, levantándole hasta el trono del Supremo Ser. S.S., en esos momentos en que sacudiendo el espíritu humano todo el polvo de que está cubierto, endereza su vuelo hacia las regiones de la luz beatífica, en esos momentos, únicamente, puede venirle la intuición de las verdades fundamentales. Juan, el discípulo amado de Jesús, era, sin duda, un gran filósofo, según el mundo: mas, ¿cómo hubiera escrito, ó mejor dicho, cantado el prólogo incomparable de su Evangelio, si levantándose en alas de la oración, á impulsos del amor divino, no hubiera llegado hasta el seno de Dios, y contemplado la gloria del Verbo y la magestad del Unigénito? . . . Ezequiel, aquel sacerdote hebreo, predestinado para anunciar las cosas futuras más estupendas, de mística oración estaba á las orillas del Chobar, cuando se le abrieron los cielos y el Señor Dios le dió á comer el libro de la sabiduría, el volumen de la ciencia. Así Tomás, el fraile mendicante, embebecido en santas meditaciones, no se distraía ni en la corte de los reyes; y olvidando su propia persona, sólo pensaba en el bien común. Todos sabéis, Señores, aquella anécdota ocurrida en el palacio y á la mesa de Luis IX de Francia. ¿Qué significaba aquello? "Que, como lo dice un célebre escritor, en el alma de Tomás habitaba el Señor y no se albergaban las miserias de los hombres".

Con dotes tan encumbradas como estas, es que nuestro sabio Doctor trató de restablecer las ciencias en un siglo oscuro y semibárbaro; y restablecerlas depuradas de los groseros errores de la gentilidad, y embellecidas con las luces que el Evangelio derramaba en Occidente. No era pequeña la empresa: ochocientos años se contaban en Europa de una verdadera postración en el orden literario. Disipado en el siglo 6º todo el prestigio de Platón y de Cicerón, su insigne imitador; debilitada su doctrina con los argumentos de tantos apologistas del cristianismo; y descontentos generalmente de esa filosofía ideal y poética, que había cautivado á griegos y romanos, los nuevos y vigorosos pueblos, que se formaban al rededor de la Cruz, habían recibido á Aristóteles con entusiasmo; y todos los filósofos cristianos y musulmanes, que se diseminaban en las nuevas monarquías, se apropiaban de las doctrinas, y sobre todo, del método de este profundo pensador de la antigüedad. Empero, la aceptación de tan grande maestro, no era bastante para contener el desmoronamiento del edificio científico, ni á conservar encendida la lámpara de la sabiduría. Negras sombras invadían todas las regiones: las Facultades, los libros, los maestros, se refugiaban en los monasterios; y multitud de sutilezas, de empirismos, de vaguedades, pululaban en las escuelas y hasta en los templos.

En medio de esta confusión, que llevaba revuelto el mundo, especialmente en los siglos once y doce, se distinguía uno que otro gran pensador, que sostenía la esperanza de una reacción; cuando á mediados del siglo XIII, se ve salir del

claustro y subir á la cátedra un maestro, que empuña, para siempre, el cetro de la razón filosófica, en armonía con el poder de la moral y del dogma.

Como ya lo hice notar, Señores, este gran formador no desdeñó el pasado, sino que estudió las ciencias en todas sus fuentes, en todas sus épocas, en todos sus representantes; y siguiendo, especialmente, la escuela peripatética, "se propuso, como lo dice Ventura de Ráulica, convertir á Aristóteles cristianizándole, y poner su doctrina en estado de ser conservada, á causa de la excelencia del método y de las grandes verdades que encierra". "Con profunda ciencia y acrisolada justicia, añade el mismo autor, enmendó y explicó á Aristóteles".

Ciertamente; el discípulo y sucesor de Alberto el Grande, se posesiona de tal manera de la verdad filosófica y de la verdad teológica, que parece remontarse al empuje en alas de la inspiración, leer el libro de la sabiduría eterna, y regresar con una pluma de Serafín para componer las dos obras que, de entoces acá, iluminan todos los arcanos de la ciencia. Hablo, Señores, de la Suma Teológica y de la Suma Filosófica, libros que son y serán las columnas principales sobre que descansa el templo de la Sabiduría.

En el primero de ellos, el Angélico Doctor lanzándose derecho al fondo de la teología, se propone tratar de Dios, del movimiento de la criatura racional hacia á Dios, y de CRISTO que, en cuanto hombre, es el camino por el cual hemos de llegar á Dios. En otros términos, formula admirablemente la trilogía de los humanos conocimientos: la naturaleza, el discurso, la mora; y para llevar á cima su obra, emplea toda la doctrina cristiana, sin desatender la multitud de verdades que vagaban dispersas en los escritos de los gentiles, especialmente de Aristóteles. La obra es tan completa en esta amplísima materia, que, en el día, no hay teólogo, moralista ó publicista, que no necesite acudir á ese depósito universal, claro, terminante, donde se encuentra la solución de las cuestiones todas, que pueden suscitarse acerca de Dios, del hombre, de la naturaleza. La legislación civil, la legislación canónica; el derecho de gentes, el derecho natural, todo está allí compendiado y resuelto maravillosamente.

Mas, cuando abro ese otro libro titulado "Suma Filosófica, ó sea de la verdad católica contra los gentiles", y contemplo á su autor, que saboreando, saboreando el proverbio: *Veritatem meditabitur guttur, meum, et labia mea detestabuntur impium*, se eleva hasta Dios, y establece los fundamentos de la ciencia universal, quedo abismado y atónito ante ese monumento de la inteligencia humana, iluminada por los rayos de la verdad divina. Establece el Santo Doctor al principiar su obra; que el nombre de *sabio* está reservado para aquel que se ocupa del principio y fin, ó sea de la razón de todas las cosas; porque es propio del sabio, dice, contemplar las causas más elevadas de los seres. Partiendo de esta consideración, profundiza el catedrático de la Sorbona las cuestiones todas de la más alta filosofía. ¿Quién puede seguirle en ese vuelo de águila, cerniéndose en los espacios inconmensurables del saber? Apenas nos es dado mirar estáticos al Angel de las escuelas, tocando con hábil y acertada mano los problemas más arduos de la filosofía fundamental; sí, esos problemas que resumen la ciencia humana en sus misteriosas relaciones con la divina; ó, más bien, que enlazan el hombre á Dios, lo creado á lo eterno, lo transitorio á lo imperecedero.

Jóvenes que me escucháis: sabed que la verdadera filosofía no consiste en el aprendizaje de tal ó cual sistema escolar, ó en el conocimiento de algunos fenómenos naturales; no, la filosofía propiamente dicha, está en la penetración de la inteligencia, respecto del origen y orden de los entes. Ir hasta Dios, pero ir con humildad, con un corazón puro, con fe ardiente; y luego descender por todos los ámbitos de lo que es y de lo que puede ser, he aquí la sabiduría en el sentir de Santo Tomás de Aquino.